

La boca: obra de arte

Contestación al discurso de ingreso como socio de número en la
Asociación Española de Médicos y Escritores de Artistas (ASEMEYA)
del Dr. D. Javier García-Palao Redondo

Fernando A. Navarro

Colegio Oficial de Médicos de Salamanca, 21 de octubre de 2021

Lo primero de todo, quiero felicitar al doctor García-Palao por su espléndido discurso de ingreso; a sus familiares y amigos que hoy nos acompañan, socios y simpatizantes de Asemeya. En mi *Contestatio* me limitaré a añadir unas pinceladas que buscan resaltar algunos puntos concretos; serán pocas y breves para, en todo caso, al menos no emborronar demasiado este lienzo en que el nuevo socio acaba de retratarnos de modo primoroso la boca como obra de arte.

Voy a empezar justamente donde terminó el discurso: en el beso. Igual que sería muy difícil hablar del ojo sin mencionar la mirada y el guiño, parece tarea imposible describir de modo cabal la boca sin mencionar la sonrisa y el beso, que trascienden la fría ciencia. Aunque la leí a los 18 años, nunca olvidaré la definición que da Ramón y Cajal en sus *Charlas de café*: «El beso, que los poetas consideran como sublime conjugación de dos almas, no es para el científico sino un simple intercambio de microbios labiales».

Si pienso en beso y música popular, la primera imagen que se me viene a las mientes es la hispanoargentina Celia Gámez cantando, a ritmo de pasodoble, «la española cuando besa / es que besa de verdad»; «me puede usted besar en la mano, / me puede dar un beso de hermano, / así me besaré cuando quiera; / pero un beso de amor / no se lo doy a cualquiera». Y eso me lleva a reflexionar cómo es posible que llamemos igual a cosas tan diferentes como un beso en la mano, en la frente, en la mejilla, un beso de Judas, un beso de amor, un beso robado... ¿No les parece que usar una misma palabra para conceptos tan distintos es una seria limitación expresiva de nuestra lengua?

Digo bien «nuestra lengua» porque en otros idiomas no ocurre así. El latín tiene al menos tres palabras diferentes: *oscŭlum* (diminutivo de *os*, *oris*, boca; es decir, algo así como 'boquita') expresa el beso en la mejilla, propio de la relación cordial entre amigos, o entre padres e hijos; *basium*, el beso de amor en los labios; y *suavium*, *savium*, *savolium* o *saviolum*, el beso apasionado y profundo, con lengua. En el siglo IV, por ejemplo, el gramático Elio Donato, en sus comentarios a la comedia *El eunuco*, de Terencio, se expresa en los siguientes términos: «oscula officiorum sunt, basia pudicorum affectuum, savia libidinum vel amorum». Imposible de traducir para nosotros, claro, si no echamos mano de los propios términos latinos: «los *oscula* son besos de cortesía; los *basia*, de afecto pudoroso; y los *savia*, de lujuria o amor carnal».

Ante situaciones así, cabe la tentación de pensar que el español es una lengua paupérrima, pero no. La riqueza de una lengua no se mide solo por el número de palabras; las voces polisémicas pueden ser también, por el mero hecho de su polisemia, muy ricas en connotaciones. Y abundan en español: **boca**, por ejemplo, puede hacer referencia a la cavidad bucal, pero también a una boca de metro o a la boca del estómago, que es el epigastrio («desde hace cosa de dos semanas noto como unos pinchazos en la boca del estómago», dice la paciente en el consultorio; su médica, en la historia clínica, anota «la paciente refiere dolor epigástrico punzante de dos semanas de evolución»); **dientes** son, claro está, los incisivos, caninos, premolares y molares; pero dientes también tiene un ajo, una motosierra e incluso el axis o segunda vértebra cervical, con su apófisis odontoides; **labios** son los dos rebordes horizontales de la boca, que pintamos de carmín o que besamos, pero también los labios de una herida que sutura el cirujano, y los labios mayores y menores de la vulva femenina («La sonrisa vertical» es el título de la colección española más conocida de literatura erótica, fundada en 1977 por Luis García Berlanga); **lengua**, en fin, es el órgano muscular de la boca, pero también el sistema de comunicación verbal propio de una comunidad humana, nuestra lengua materna. Y mucha de la gran literatura se apoya en estos dobles sentidos. Sin ellos, por ejemplo, Julio Cortázar no podría haber escrito: «Lo que me gusta de tu cuerpo es el sexo. Lo que me gusta de tu sexo es la boca. Lo que me gusta de tu boca es la lengua. Lo que me gusta de tu lengua es la palabra».

Médico de palabras como soy, también a mí, igual que a Cortázar, lo que me gusta del sexo es la lengua y la palabra. Amantes de la palabra somos muchos en Asemeya, y el doctor García-Palao, como habrán comprobado, viene a sumársenos.

Quienes acudieran a este salón de actos dos semanas atrás, con ocasión del [ingreso de la doctora Macarena Hernández Prieto en Asemeya](#), recordarán que, siguiendo al tuitero David Araújo, en un pasaje de mi contestación, comparé —medio en broma, medio en serio— el estilo pedestre del habla que oímos por la calle con la delicada y exquisita manera de expresarse que tienen los grandes poetas. Hoy podría haber hecho eso mismo referido a la boca. En la calle oigo decir, por ejemplo: «Nadie te comió la boca como yo». La chilena Gabriela Mistral, en cambio, decía: «Yo te enseñé a besar con besos míos, inventados por mí para tu boca».

Lo que no sé es si transmití bien lo que quería expresar con ese ejercicio de estilo. Quizá alguien entendió que me apoyaba en esos contrastes para demostrar que solo los poetas, los lingüistas, la gente de letras, saben expresarse con donaire. Y no: todo lo contrario; mi mensaje pretendía ser que todo cuanto decimos —desde un manual de piensos porcinos hasta el parte de quirófano por una fístula anal— se puede decir de modo ramplón, sin gracia, o de forma elegante y hermosa. El lenguaje de la medicina, de hecho, es de una riqueza y de una belleza que maravilla a cuantos se acercan a él. Hay poesía en los grecolatinos tecnicismos de nuestra habla especializada. Supo apreciarlo y expresarlo bien, me parece, la poetisa madrileña Margarita Hernando de Larramendi, quien, en el año 2014, a su regreso de una visita

a la clínica dental por una periodontopatía, compuso un breve poema titulado «La belleza acecha donde menos te lo esperas»:

En decúbito supino y ambiente esterilizado
oigo a la higienista decir a la odontóloga:
«diecisiete mesiopalatino con bolsa estable».

Y ante tal proeza lingüística,
ante tan rotunda sonoridad,
me rindo a la belleza de la forma
y me reconcilio
—de una vez por todas—
con mi enfermedad periodontal.

¿Se fijaron, durante el discurso, en qué hermosa sonaba la descripción que hizo el doctor García-Palao de ese magnífico cofre del tesoro que es el aparato estomatognático humano?

De su discurso me ha gustado de modo especial la fusión de medicina y humanidades, tan aseméyica, para perfilar un fresco multidimensional de la cavidad bucal como sublime obra de arte: en apenas media hora, hemos viajado de las novelas de Cronin al villancico de los «angelitós», pasando por el antiguo Egipto, la pintura, la poesía, la mundana belleza de Angelina Jolie, arquitectura, música, anatomía, escultura, protésica dental, la serie matemática de Fibonacci... ¡y hasta el ratoncito Pérez!; todo eso, mientras sonaba de fondo el piano acariciado por el profesor José María Corvo. El discurso ha sido toda una lección magistral de cómo rebasar los estrechos límites de nuestro pequeño campo de especialidad para ofrecer un panorama calidoscópico de la realidad humana. Lo cual, por cierto, es algo esencial para el médico, un profesional que trata no con células, órganos o aparatos enfermos, sino con personas en toda su complejidad.

En relación con esto, y para terminar, quiero destacar lo excepcional de tener hoy en la mesa a dos médicos estomatólogos socios de Asemeya. Una excepcionalidad que guarda relación con su disciplina; lo explico en dos trazos.

Las caries y el dolor de muelas han aquejado desde siempre a la humanidad. En la Edad Media, los barberos eran también sangradores y sacamuelas, y se formaban por un sistema de aprendizaje gremial ajeno a la universidad. Hacia mediados del siglo XIX, no obstante, se hace evidente la necesidad de una regulación estatal de la formación superior para los dentistas, que pasó a ser muy distinta en los países de habla inglesa y en España.

En los países anglosajones, desde la creación de las primeras escuelas de odontología, como el Colegio de Cirugía Dental de Baltimore en 1840 y el Hospital Dental de Londres en 1858, la formación odontológica superior se mantuvo siempre al margen de las facultades de medicina. Nunca allí fue necesario ser médico para poder ejercer como dentista.

En España, en cambio, el primer título universitario de odontología se creó en 1901 y se trataba de una licenciatura de cinco años que se impartía dentro de la Facultad de Medicina, y a la que únicamente podían acceder alumnos que hubiesen aprobado el segundo curso de la carrera de medicina. En 1910 se añadió un sexto año a la formación.

Pero el gran cambio llegó en 1944, con la Ley de Especialidades Médicas, que transformó el antiguo título de licenciado en odontología en una especialidad médica como las demás. Y era lógico.

Yo soy médico especialista en farmacología clínica y jamás se me hubiera ocurrido formarme de entrada en el estudio de los fármacos y sus aplicaciones; de haberlo hecho, sería farmacéutico y no médico. De modo que no: estudié los seis años de medicina y, una vez médico, hice mis cuatro años de especialidad MIR. Me acompaña en la mesa el doctor Santa Cruz, que es otorrinolaringólogo, y me parece lógico que, para afrontar un síndrome de Ménière o un cáncer de los senos paranasales, no se formara de entrada como un experto en garganta, nariz y oídos, sino que estudiara la carrera de medicina completa y, una vez médico, emprendiese su formación especializada. Me acompaña también la doctora Fernández Jacob, oftalmóloga, y me parece lógico que, para afrontar un glaucoma agudo o una retinopatía diabética, no se formara de entrada como una hiperespecialista del globo ocular y sus anexos, sino que estudiara la carrera de medicina completa y, una vez médica, se especializase como oculista. ¿Por qué habría de ser distinto para diagnosticar o tratar un carcinoma epidermoide de la lengua o una pulpitis?

Pues bien, desde 1944, en España, los dentistas debían estudiar primero toda la carrera de medicina completa y después cursar varios años más en una Escuela de Estomatología para obtener el título de médico estomatólogo; esto es, médico especialista en estomatología.

Este sistema estuvo vigente durante casi medio siglo. En 1986, España se incorporó a la Comunidad Europea (hoy, Unión Europea) y hubo de adoptar las directivas comunitarias referentes a la formación superior de los profesionales sanitarios, que no tomaron como modelo el nuestro, sino el de los países anglosajones. Hubo que tachar la estomatología de la lista de especialidades médicas, cerrar las escuelas superiores de estomatología y crear facultades de odontología —independientes de las de medicina— para impartir un grado de menor duración, como en los países anglosajones. Hoy, en España, se titulan cada año cientos de graduados en odontología con una formación técnica excelente, no lo dudo, a la altura de las mejores del mundo..., pero que no son médicos; ni pueden ser tampoco socios de Asemeya.

Quiere eso decir que los doctores Nieto Bayón y García-Palao son una suerte de dinosaurios andantes, una especie abocada a la extinción irremisible. Serán, posiblemente, los últimos estomatólogos de Asemeya; nadie tomará su relevo, y todos, como sociedad, perderemos con ello, creo.

Pero para eso falta todavía mucho tiempo. Y mientras ese día llega, yo les pido a los dos, pero de modo especial al neófito García-Palao: Javier, aprovecha todas las posibilidades que ofrece nuestra Asociación (la cibern sede institucional, las páginas de nuestra revista *El Desván de Esculapio*, los congresos y jornadas culturales, las actividades sociales en toda España) para hacer oír tu voz, para difundir tus escritos, tu música y tu canto; para procurar, en definitiva, que la medicina siga siendo —o vuelva a ser— la más humana de todas las ciencias y la más científica de las humanidades.

Bienvenido a Asemeya, y muchas gracias a todos por su atención.